**UNO**

Te he venido a ver sobre todo, claro, para hablar de los Soley. Es que a mí me cambiaron la vida.

… Yo tampoco, no creas. Tres o cuatro veces a lo largo de treinta años. Pero fueron importantísimos.

En casa no les llamábamos “los Soley”, sino “los primos catalanes”. Bueno, era mi madre quien les llamaba así; mi padre decía “los catalanes”, a secas. Con un tono…Como cuando el señor Soley decía “*minyona*” –criada, en catalán-: como si se sacara de la boca algo asqueroso… Decía “los catalanes” con retintín, como si tocara una campanilla, de esas que se usaban en tiempos para avisar del paso de un leproso. Era una especie de mensaje en morse. Un mensaje que yo no entendía, pero estaba claro que mi madre sí. En cuanto mi padre decía “los catalanes”, con ese tonillo, mi madre saltaba y empezaba a hablar de “los zarrapastrosos”, decía: “¿Qué quieres, que tu hija siga pasando todos los veranos rodeada de zarrapastrosos?”… Mi madre es de un pueblo de La Mancha y hasta el 70 veraneé siempre allí. Mi padre no decía nada, bajaba la cabeza y seguía comiendo. Mi padre, ahora que lo pienso, nunca discutía con mi madre, se limitaba de dejar que esas frases suyas que parecían llenas de mayúsculas: “Tu Hija… Todos los Veranos de Su Vida…”, se murieran solas, se apagaran por falta de público. Pobre mamá, con lo que debía de haberle costado que los Soley me invitaran a pasar el verano con ellos.

Aparentemente no había sido más que una carambola, una suma de casualidades. Todo venía por las criadas, Epi y Circun, ¿te acuerdas de ellas? Eran hermanas, ¿lo sabías? Y eran del pueblo de mi madre. Dos años antes del famoso verano, los Soley habían necesitado una criada para doña Lucía y le preguntaron a mi madre si conocía alguna chica recomendable en el pueblo. ¡Qué gran noticia para mi madre, poder llegar al pueblo anunciando que sus primos catalanes necesitaban una chica! Todavía me acuerdo del día que fuimos a casa de la tía Zambomba a preguntar si alguna de sus hijas estaba disponible.

… Ni idea. En el pueblo todos teníamos motes, alguno sí se entendía por qué: el tío Ojillos, el tío Barbero… pero lo de la tía Zambomba, pues no sé, ni sé por qué a su familia las llamaban los Pepín y a la de mi madre, los Perejiles. Epi y Circun no, no son motes, son diminutivos, yo no me había preguntado nunca de qué nombres y ya te contaré, porque fue sonado, cómo lo supe, cómo nos enteramos todos, ese verano en casa de los Soley.

Así que en el 69, habíamos ido a casa de la tía Zambomba a preguntar, y mientras mi madre hablaba, describiendo a doña Lucía –“una señora mayor, viuda, que no debe dar mucho trabajo, y tu hija tendrá una habitación y un cuarto de baño para ella sola”-, Circun murmuraba muy bajo: “¡Arrea!... ¡arrea!”, impresionada, sonrojándose, como si le diera vergüenza sólo pensar en tanto lujo, y a Epi le brillaban los ojos. En casa de la tía Zambomba no había baño, claro, sólo un retrete de esos de tabla con agujero. Y dos años después, los Soley necesitaron una criada para ellos, porque la que tenían les había dejado para casarse, y mi madre volvió a recurrir a la tía Zambomba. La tía Zambomba la recibió con los brazos abiertos, decía que Epi estaba muy contenta en Cataluña, no la habían vuelto a ver desde que se fue, pero les enviaba dinero, y la otra hermana, Circun, estaba deseando marcharse ella también, mi madre le aseguró que los Soley la tratarían “como a una hija”…Circun debía tener entonces dieciocho años, y Epi veinte o poco más. Y mi madre aprovechó la circunstancia, el viaje de Circun, para que fuera a La Tramontana yo también.

Mi madre estaba encantada de haber hecho un doble favor: a los Soley, proporcionándoles criadas, y a la tía Zambomba, colocando a dos de sus hijas en una buena casa. Pero ¿por qué mi madre se lo había tomando con tanto ahínco, por qué tenía ese afán de hacer favores? Si ella me oyera hacerme esa pregunta diría que hay que ver qué mal pensada soy, qué retorcida, hija mía, siempre buscándole tres pies al gato, ¿es que no te puedes creer que hay personas que hacen favores porque sí, sin esperar nada a cambio?... Pero yo que la conozco sé que nunca da puntada sin hilo, aunque veces he tardado años en ver el hilo. No quiero decir que se tratase siempre de un propósito determinado. No, era una política general. Mi madre estaba siempre enterada de quién necesitaba qué, quién se había peleado con quién, de quién se rumoreaba tal cosa… Todo lo contrario de mi padre. A mi padre que no le sacaran de sus balances y sus letras de cambio; el otro terreno, ese en el que mi madre se movía con tanta soltura, a él le parecían arenas movedizas, pantanosas, un plato de miel en el que se quedaría pegado a poco que se acercase. Mi madre en cambio sabía manejarse muy bien, como te digo, y su manera de manejarse era hacer favores: “yo coloqué a tu hija, yo cuidé a tu padre en su última enfermedad, mi marido te recomendó a su jefe para que te diera un empleo…”. No digo que los hiciera para cobrárselos, no era exactamente eso, pero sí para estar siempre en una posición inatacable, para ser acreedora perpetua de alguna deuda moral, para tener como si dijéramos un crédito, por si algún día le hacía falta.

Y los Soley eran un gran crédito. “Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”, decía mi madre, que era muy refranera, y “A quien no tiene padrino, no le bautizan”. Y nosotros no teníamos padrinos. Recuerdo a mi padre, una vez que le habían puesto una multa, estrujándose los sesos para ver si conocía a alguien que tuviera a su vez algún conocido, alguna prima, un antiguo compañero de colegio… que trabajase en la Dirección General de Tráfico, y consiguiera que se la quitasen.

… Anda, qué pregunta. Te aseguro que en España no nos la hacemos, no se la habría hecho nadie.. Si era justa o injusta… No sé, eso era lo de menos, habría parecido ingenuo, y tal vez lo era, pensar que si la multa era injusta ibas a poder demostrarlo y conseguir que la anularan, y todavía más ingenuo aceptar pagarla porque la considerabas justa. Se daba por supuesto que las autoridades iban a exprimirte, a aprovecharse de ti con malas artes, y tú a darles esquinazo y buscarles las vueltas: el proverbio ese de “hecha la ley, hecha la trampa”, no implicaba ningún reproche, era más bien un consejo. En fin, la cuestión es que había que tener padrinos. Y nosotros no los teníamos. Nosotros éramos el último mono y lo seguiríamos siendo porque no conocíamos a nadie que no fuera a su vez el último mono. A nadie, excepto a los primos catalanes.

Los Soley eran catalanes y eran ricos, dos cosas que oscuramente parecían ir juntas. Claro que en el pueblo de mi madre también había ricos, se les llamaba así: “los ricos del pueblo”, eran una institución, como el señor cura y el señor alcalde. Tenían la casa principal del pueblo, en la Plaza Mayor, una casa como todas: chata, panzuda, pintada de blanco con un zócalo azul, sólo que mucho más grande. Pero por muy ricos que fueran, los Medina eran ricos de pueblo. Ricos sin refinamiento, ricos con olor a bodega y a estiércol. Los Soley eran otra cosa, ricos de ciudad, que hacían cosas inimaginables para nosotros…

…Sí, madrileños, pero de barrio, de Ciudad Lineal; y madrileños recientes, todavía con el pelo de la dehesa. Unos paletos en comparación con los Soley, que viajaban, enviaban a su hijo a estudiar a Londres…

…Sí, claro, pero mi madre debía ser incapaz de retener un nombre tan complicado como Liverpool, que a ella además no le decía nada. Para ella Inglaterra era Londres. Anoche cuando la llamé y le dije que estaba aquí me lo hizo repetir, no lo captaba; al final sólo le dije que estaba en una ciudad de provincias, por trabajo. Es medio verdad, ¿no?, lo fue hasta ayer... La otra parte no se la dije, porque a ella no le gusta recordar el pasado. Y menos, lo que tenga que ver con los Soley.

A mi madre esos ricos diferentes la hacían soñar. Por las tardes, mientras yo hacía los deberes en la mesa del comedor, ella a veces dejaba la costura y se ponía a hojear alguna revista: el *Garbo*, el *Diez Minutos*…Eran su único lujo, esas revistas de papel satinado, con fotos en color, que mostraban cosas bellas: la casa de Lola Flores, el yate de Onassis, Grace Kelly en el palacio de Mónaco… Pianos de cola, piscinas azul turquesa… Armarios con las puertas lacadas en blanco y oro, el retrato al óleo de la dueña de la casa encima de la chimenea…. Un día que yo estaba mirando también, por encima del hombro, embobada, debí ver la palabra “millonarios” y de pronto pregunté: “Mamá, ¿los primos catalanes son *millonarios*?”. Dije esa palabra con tanta unción, que mi madre se echó a reír. Pero no lo desmintió.

Es curioso, ahora que lo pienso, mi madre había dejado el pueblo a los veinte años, pero seguía siendo el centro de su vida. No es que no le gustara Madrid, al contrario, mi madre era una madrileña entusiasta. Le gustaba la Puerta de Alcalá, la Cibeles, el Retiro… El metro, los cines, las cafeterías… Le gustaba el anonimato y el respeto, que la tratasen de usted, nada de confianzas, nada de “Trini, la de los Perejiles”, sino “doña Trinidad” o “señora Moreno”…. Pero lo que le importaba de verdad era lo que pasaba en el pueblo. Su momento favorito del año, no me cabe duda, era cuando llegábamos a La Era, a principios de julio, en coche, con mi padre. Ella con su larga melena, teñida de rubio platino, como se llevaban en esos años –era la época, acuérdate, de Brigitte Bardot y de Sylvie Vartan-, y aunque ahora me doy cuenta de que no le sentaba nada bien, porque quedaba muy artificial y porque la hacía parecer todavía más bajita, entonces la encontraba suntuosa. Imagínate el contraste, cuando íbamos de visita, mi madre con la melena rubia y un vestido estampado, en uno de esos zaguanes oscuros, con el botijo en un rincón y tiras colgando del techo, unas tiras amarillas, adhesivas, llenas de moscas pegadas… y nos salía a recibir una mujer con sayas, vestida de negro, con un moño, o un hombre con boina y chaqueta negra de pana, que eran sus hermanos. Eran mucho mayores que ella, mi madre nació a destiempo, fue la última de una familia muy numerosa y sus padres la regalaron a una tía viuda. Cosas que se hacían entonces…Y mi madre, como te digo, era la más pequeña, y además era bajita, pero les daba lecciones a todos. “¿Cómo no cortáis el pan? Os voy a regalar un cuchillo del pan para que no tengáis que romperlo con las manos, como gitanos”, o: “Julio, por el amor de Dios, no te limpies la boca con la mano, ¿es que no tenéis servilletas?”, o: “ “Arrea, arrea”… dejad ya de decir “arrea”, que somos personas y no mulas”, o: “A este arroz le falta un punto”, según mi madre a todo le faltaba sal o le sobraba ajo o estaba demasiado caldoso o demasiado seco, y a falta de otro defecto más específico, siempre quedaba ese comodín: “le falta un punto”… Yo no sé cómo ellos la aguantaban. Alguna vez alguien se atrevía a decirle algo, en cierta ocasión una del pueblo le cerró la puerta en las narices diciendo: “Aquí no queremos chicas yeyé”, y otra vez una hermana suya le dijo que con ese pelo rubio, esos tacones, esa falda tan corta, “pareces, Trini, Dios me perdone, ¡pareces una mujer de la vida!”. Pero a mi madre, eso, precisamente, la halagaba: debía estar en el buen camino si asustaba a los paletos... Y en cuanto tenía oportunidad, hablaba de sus primos catalanes. Con sus hermanos no, claro, porque tan primos, o tan poco primos, eran suyos como de ellos, pero con el resto del pueblo, cualquier pretexto era bueno para hablar de lo que hacían o dejaban de hacer los primos catalanes: que si le habían escrito una postal desde París, que si su hijo estaba estudiando en Londres, que si tenían una casa en la Costa Brava que era ¨de película¨, con cancha de tenis y piscina… Pues de dónde lo habría sacado no lo sé, pero te aseguro que lo decía.

Con la colocación de Epi, primero, y después la de Circun, y finalmente la jugada maestra, la que yo creo que ella había preparado desde el principio, esperando pacientemente la oportunidad, manejando el asunto con diplomacia, con astucia, me refiero a mi invitación a pasar el verano en La Tramontana… con eso, mi madre culminaba un proceso de años, de acercamiento a los primos catalanes. Todos los años les escribíamos dos veces: en verano les enviábamos una postal de La Mancha –una foto de los molinos, o de una estatua de Don Quijote y Sancho, no había mucho donde elegir; nos parábamos expresamente en Campo de Criptana para comprarla, porque en el pueblo no venden postales-, y por Navidad una tarjeta, siempre de la misma serie, unas que representaban unos angelotes mofletudos, niños traviesos con alas, de un dibujante muy popular de la época. “¡Mira qué pocholada!”, exclamaba mi madre enternecida cuando me la pasaba para que firmase… Ellos alguna vez nos mandaron también alguna postal de la Costa Brava, y a nuestra tarjeta de Navidad solían contestar, pero con tarjetas muy distintas, siempre de cuadros, algunos clásicos: la Adoración de los Reyes Magos de Botticelli, de Velázquez… y otras veces un Miró, un Klee… Lo que a mi padre, por cierto, le ponía furioso.

…Pues porque… a ver cómo te lo explico. Mi padre era muy consciente de que a él, en la pirámide social, le había tocado la peor parte. Estaban los de arriba y los de abajo, y él había nacido abajo, así de sencillo. Era hijo de albañil, y por si fuera poco, huérfano, su padre había muerto cuando él era muy pequeño. Mi padre no hablaba de su infancia, ni quiso volver nunca al pueblo de sus padres, en Andalucía. Su madre era cocinera. Claro, mi padre no pudo estudiar; a los catorce años ya trabajaba de aprendiz de electricista… Como era inteligente y cumplidor, fue prosperando: estudiaba de noche, llegó a ser contable de una autoescuela que era también gestoría... Cuando yo nací mis padres tenían piso y seiscientos. No les había ido mal, pero mi padre sabía que había otro nivel, el de los “señoritos”… y cuando le surgió la oportunidad… Bueno, esa es otra historia, que estaba pasando en el mismo momento, en el 71, pero yo entonces no lo sabía; sólo sabía que mi padre estaba un poco raro. Lo que te decía de la cultura… Mira, un día vino a casa el jefe de mi padre, don Jaime Usandizaga, “el señorito”. Fue casualidad, se le había estropeado el coche, mi padre le dejó el suyo y el señor Usandizaga le acompañó a casa; y como era muy educado, subió a conocernos, a mi madre y a mí. Mi madre estaba muy emocionada, mi padre la había avisado antes por teléfono y ella había bajado corriendo a comprar unos pastelitos para acompañar el café, me había hecho ponerme mi mejor vestido, peinarme, ella también se había arreglado… Don Jaime era un hombre alto y delgado, perfectamente trajeado, que olía a *aftershave*, muy elegante; a mi madre la saludó alargándole la mano, inclinándose y diciendo: “Mis respetos, señora; Roberto me ha hablado mucho de usted”, y mi madre estaba en el séptimo cielo. Le llevaron al salón, le hicieron sentar, se sentaron ellos -muy derechos, mi madres sobre todo-, y don Jaime miraba a su alrededor. El tresillo de imitación de cuero… la lámpara de pie cuya pantalla figuraba pergamino… la mesa de madera barnizada, rodeada por seis sillas igualmente barnizadas y coronada por un frutero de porcelana con fruta de porcelana, todo impoluto (y con razón; sólo comíamos allí el día de Navidad)… la acuarela que representaba la Plaza Mayor del pueblo… la estantería, con el televisor en el centro, las puertas del mueble-bar, y en los estantes, las fotos de la boda de mis padres, de mi bautizo, de mi primera comunión, enmarcadas en plata, y una estatuilla de bronce de don Quijote y Sancho… Don Jaime lo recorría todo con los ojos -mis padres, en un silencio encogido, seguían aprensivamente la dirección de su mirada- y movía la cabeza con un gesto aprobador, pero vago, soltando una especie de gruñidos, algo que sonaba como “aaah” y podía interpretarse como grata sorpresa, como un “ah, qué bien”, “ah, qué bonito”… o quizás no… hasta que de pronto, vio la enciclopedia. Era el único libro que había en casa: una enciclopedia comprada a plazos por mi padre, en un vago intento, supongo, de remedir su ignorancia entera y de una vez, pensando que allí estaba todo lo que no sabía. Y don Jaime, respirando, me pareció, aliviado por haber encontrado por fin algo concreto que elogiar, exclamó: “!Ah! ¿Es la Larousse?”, y como si no pudiera reprimir su entusiasmo, se levantó y preguntando “¿me permites?” fue a mirarla de cerca, repitiendo: “Qué bien, tenéis la Larousse, es muy buena, yo creo que la mejor”, como si estuviera convencido de que mi padre había sopesado gravemente los pros y los contras de las distintas enciclopedias del mercado, antes de elegir esa. “S, s, s...sí”, murmuró mi padre, pero por honradez y sonrojándose, se sintió obligado a confesar: “T, t, t...todavía no la he leído”.

…No, no es que lo sea, sólo cuando está nervioso. Quizá tenía miedo de que el señor Usandizaga, poniéndose de puntillas, alcanzase un tomo y abriéndolo al azar, le preguntase: “A ver, Roberto, dígame usted cuántos habitantes tiene Antofagasta”.

Frente a la cultura mi padre se sentía como si le hubieran sentado en un banquete, con tres copas, cuatro tenedores, tres cuchillos, y una langosta en el plato: no sabía ni por dónde empezar. Tenía mucho miedo de hacer el ridículo, pensaba que en cualquier detalle se le podía ver el plumero; por ejemplo a partir de aquel día ya nunca dijo “la enciclopedia”, creyó que llamarla así era cosa de ignorantes, ahora decía “la Larousse”… “¿Te lo busco en la Larousse?”, me ofrecía, cuando me ayudaba a hacer los deberes.

So pretexto de tomarme la lección, yo creo que mi padre procuraba aprender algo. Con las matemáticas, y en general las ciencias, no tenía ninguna dificultad. En cambio las humanidades, las artes… no había manera; no entendía de qué iba la cosa. Los pintores abstractos, en particular, le sacaban de quicio. Que hubiera ricos, ricos de siempre, ricos de familia, ricos porque sí, a eso mi padre, mal que bien, se resignaba; era lo que se llamaba entonces “ley de vida”, una expresión que se puso de moda por esos años, y que traducía lo que mi padre, en privado, decía más llanamente: “Hay que joderse” –o si se daba cuenta de mi presencia: “Hay que fastidiarse”-. Pero que por un cuadro que no tenía más que unos brochazos, unos monigotes, unos chafarrinones, se pagasen fortunas… Me acuerdo de un chiste que contaba mi padre, sobre un ministro que va a ver una exposición de pintura y tiene a su lado a un consejero que le va soplando lo que tiene que decir. Llegan a un cuadro de Picasso y el consejero le murmura al oído: “¡Qué cara! ¡Qué gesto!”… y el ministro, creyendo repetir lo que ha oído, dice lo que verdaderamente piensa: “¡¿Qué carajo es esto?!”… Cuando en la televisión se hablaba de los precios alcanzados en una subasta por un Miró, un Picasso, mi padre se ponía fuera de sí. “Y yo trabajando como un idiota”, murmuraba con verdadera amargura. Porque para él, era evidente que aquello era una tomadura de pelo, que un niño podría hacerlo… saltaba a la vista y sin embargo no se podía decir, mi padre sabía, sin entender por qué, que decir eso estaba mal visto: quedaba como de pueblo, de paleto; y eso le daba más rabia todavía: encima de cornudo, apaleado. Había un solo pintor contemporáneo y cotizado que le gustaba. Bueno, gustarle, lo que se dice gustarle, no creo. A mi padre la pintura no le decía absolutamente nada, en casa sólo teníamos una imagen, la acuarela de la Plaza Mayor de La Era. En cuanto a arte moderno, el único pintor al que mi padre respetaba, que le tranquilizaba, porque entendía que se cotizase, era Dalí. “Ese por lo menos sabe dibujar”, decía.

Y yo supongo que esa antipatía, o al menos prevención, que tenía mi padre contra los Soley –y que parecía ir en aumento: ya no se limitaba a decir “los catalanes” con retintín, sino que usaba el término insultante, “los catalinos”: “¿De veras nos vas a dejar por los catalinos esos?”, me dijo una vez, en un descuido de mi madre-, esa antipatía, digo, tenía algo que ver con el hecho de que el señor Soley fuese pintor. Para mi padre, en el fondo, los artistas eran todos unos farsantes que vivían a costa de la credulidad ajena y del sudor de los pobres desgraciados como él; y yo me imaginaba al señor Soley como un hombre alto, guapo, con el pelo largo, vestido de alguna manera estrafalaria: un chaleco de terciopelo, una orquídea en el ojal… capaz de convertir en oro, sólo con dar un par de brochazos, todo lo que tocaba.

…No, no sabíamos nada de su pintura. Mis padres nunca habían estado en su casa, ni ellos en la nuestra.

… Esa misma pregunta me la hice yo un buen día. De pronto caí en la cuenta y pregunté a mi madre, y ella reconoció que no, que sólo los conocía por fotos… Es que no eran primos en sentido estricto. Ni en ningún sentido, en realidad: no había parentesco de sangre. ¿Sabes lo que son “hermanos de leche”?